

# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

JOSÉ VELILLA



Presento á José Velilla,  
que es un joven muy simpático,  
periodista de Sevilla  
y notable autor dramático.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Los boquerones *vitorianos*, por Salvador Rueda.—La afición y el compás, por Ricardo J. Catarineu.—¡Pobre Quevedo!, por José Jackson Veyan.—Palique, por *Clarín*.—Medidas preventivas, por Juan Pérez Zúñiga.—Una más, por Sinésio Delgado.—Los bandidos, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Velilla.—Una broma, por Cilla.



Mientras no regrese á Madrid la corte, estaremos privados de ver á muchas familias que son, durante el invierno, el principal adorno de nuestros teatros.

Ha comenzado la temporada de la *Princesa*, y en la noche de la inauguración echábamos de menos á las aristocráticas señoritas de Chamorro, cuyos papás han tenido almacén de leñas en el Portillo de Gilimón. Hoy poseen un hotel en San Sebastián y aborrecen el bacalao frito. No salen más que en carruaje, y la mamá afirma que no puede resistir las medias con costura. El papá gasta faja todavía, pero la oculta bajo una elegante camisa de algodón inglés; en invierno usa calzoncillos de bayeta amarilla, con gran disgusto de su esposa, que le dice á cada momento:

—Después querrás que te den «usía» los criados. Con esos calzoncillos es imposible que llegues á ser conde de Casa-Chamorro.

—Pues yo no lo puedo remediar, porque estoy acostumbrado á la bayeta.

—¡Ordinario! ¡Bajuno!

Es hombre que no se aviene con ciertas delicadezas, y por más que le predica su mujer, anda por casa de rigoroso calzoncillo. En cierta ocasión se vió sorprendido con la visita de un personaje que fué á pedirle prestados catorce duros. Chamorro quiso esconderse detrás de una cómoda para que no le viese la bayeta, pero no pudo. Entonces su esposa cogió una colcha y se la echó encima, diciendo al recién llegado:

—No extrañe usted que use la bayeta amarilla, porque se lo ha mandado el médico.

—¿Tiene reuma?

—No, señor; tiene dolores salteados por las pantorrillas. Los cogió en Biarritz hace dos años, cuando se retrató vestido de gentilhombre.

La familia Chamorro no regresa de Guipúzcoa hasta que viene la familia real; por consiguiente, no ha podido asistir á la inauguración de la *Princesa*. En cambio, allí estaban otras señoras recién venidas, que hablaban de las delicias del veraneo y de los colores que se van á llevar este año.

Decíase que prevalecería el amarillo cacharro, y la primera que se presentó con el color de moda fué la de Vázquez-Mendrugúin, luciendo una capota que parecía un barreño.

El teatro estaba hermosísimo; la obra puesta en escena obtuvo grandes aplausos, y María Tubau fué objeto de una merecida ovación.

Pero algunos jóvenes elegantes echaban de menos á las de Chamorro, y quien dice éstas dice las de Basolina y otras que aún permanecen alejadas de los círculos aristocráticos.

De manera que, como dice muy bien un revistero de salones, parece que nos falta algo.

\*\*\*

Los periódicos llaman la atención de las autoridades acerca de la abundancia de mendigos que acometen al transeunte y le piden limosna de mala manera.

Días pasados una mujer, acompañada de un hombre mal encarado, exigía la limosna profiriendo insultos, y si no se la daban, enarbolaba un garrote diciendo:

—Á ver si me da usted una limosna por amor de Dios, que ya me voy yo cansando.

Á mí me pide todas las noches un sujeto que huele á aguardiente y me sigue por las calles haciéndome esta relación:

—Caballero, yo he sido poeta y cometí la locura de irme á vivir con un fotógrafo. Soy de muy buena familia, caballero, y no me he desayunado hoy. Á usted le conozco de verle en la Carrera de San Jerónimo hablando con una criada. ¿Es la novia de usted? Dios se la conserve.

Ni yo tengo novia, ni ese es el camino, pero se conoce que me confunde con algún albañil que es de mi estatura.

De día en día aumenta el número de los pedigüños, y hay quien pide dándole á uno un golpecito en la espalda, como si todos fuéramos amigos.

—¡Eh, caballero! Deme usted una limosna, que vengo de sacarme una muela y estoy muy nervioso.

—Dios le ampare.

—Es la primera vez que pido, porque yo era escribiente y me quedé sin ortografía á causa de un susto.

Los mendigos apelan á mil medios para excitar la caridad pública.

Hay quien duerme durante el día como un patriarca, ó bien se distrae en su domicilio aprendiendo á tocar un instrumento cualquiera, y por la noche sale á la calle dispuesto á conmovier á los transeuntes. Cuando ha obtenido la cantidad necesaria para la vida, se va á un café y convida á cenar á las camareras.

Conozco un sujeto que era telegrafista y se fué del cuerpo porque tuvo unas palabras con su jefe sobre si Fabié era más poeta lírico que boticario. Hoy el extelegrafista se ha entregado á la mendicidad, porque dice que no quiere depender de nadie, y anda por las noches con un niño en brazos, que le cuesta de alquiler real y medio.

—Para esta desventurada criatura, que está loca—exclama con acento quejumbroso.

Al niño le hurga en las plantas de los pies con un mondadientes para que se ría y provoque la compasión de los transeuntes. Otras veces le pinta ojeras con corcho quemado, y entonces dice que está tísico y que no sabe qué hacer con él, si tirarlo ó darle el aceite de hígado de bacalao.

Hay señoras de mucha vergüenza que piden por «necesidad» y huelen á vino desde cuarenta pasos; hay otras que se atan un pañuelo delante de la boca á manera de bozal, y exhalan quejidos lastimeros, arrimadas á una puerta, y hay, por fin, quien tose á fin de llamar la atención de la pareja y en seguida se coge á la barandilla del viaducto para que la detenga la autoridad y la conduzca al juzgado de guardia.

—¿Por qué iba usted á matarse?—le preguntan.

—Por que soy huérfana.

—¿No tiene usted á nadie?

—No tengo más que una tía y un refajo.

Nunca falta un ser generoso que socorre á la suicida frustrada, y ésta inventa nuevos recursos al día siguiente para excitar la conmiseración pública.

No digo que deba negarse el óbolo de la caridad, pero ¡hay cada pobre por ahí!...

LUIS TABOADA.

## LOS BOQUERONES «VITORIANOS»

De los peces exquisitos que el mar tiene en sus entrañas, me gustan los más chiquitos, en manojos pequeñitos cual manojos de pestañas.

La mar que clara se riza en las playas malagueñas y las arenas tapiza, los retiene y esclaviza entre sus bancos de peñas.

Sólo aquel mar los produce en sus orillas serenas; y la red que los conduce como una joya reluce al borde de las arenas.

El ejército bruñido

tiembla en la malla cogido en confusión bella y grata, como un combate reñido de alfilerillos de plata;

y aun animando la vida sus cuerpecillos pequeños, en la pleita entretejida les dan cama mal mullida los cenachos malagueños.

La carótida estallando y la camisa enseñando el torso arrogante y fiero, cantando va el pregonero ¡vívitos y coleando!

El cuchillo al cinto preso y partida en contrapeso

la carga que al suelo alcanza,  
finge el hombre una balanza  
con las dos tazas del peso.

—¡Eh, pescador!

—Mande uzía,

dice el hombre á una beata.

—¿Qué pescado arroja el día?

—Vitorianos, arma mía,

más lucientes que la prata.

—¡Pa arreglarlos no hay paciencia!

—Azí ze gana indurgencia;

y en ve del kirileizón

y el ayuno y la oración,

ze zuffre eza penitencia.

—¿Y á cómo son, diga usted?

—A ocho calés la pezía.

—¿La carnícera?

—Cabá,

y zi quiere, le daré

por eze precio un quintá.

—A seis los pago.

—Que no.

—A eso y pesados á ley

los daba otro que pasó.

—Pero el otro no zoy yo,

tengo palabra de rey.

—¿Qué orgullo!

—Porque ze pué.

—Pues no compro nada, ea.

—¡Comprá! Zi ze paece uzte

ar muñeco que ezta en pie

en la fuente e la alamea.

«¡Pues digo! ¡á zeiz! ¡y cabalez!

zi ezto ze vende á doz realez

en cualquier tierra de almejaz;

¡vaya uzte á muar mizalez

y á atracarze de lentejaz!...»

Y fiero refunfuñando

espantosas maldiciones,

la carga otra vez alzando,

canta al irse: ¡boquerones,

vivitos y coleando!

—¡Chiss, chiss!

—¿Quién llama?

—Hacia allí,

hacia el portal de la tienda.

—¿El portal? Ya eztoy aquí.

—Buenos días.

—¿Ez á mí?

Buenos los tenga uzte, prenda.

—¡Hum, qué morrayal!

—¡Morrayal!

Canela zon, arma mía;

pa eze roztro y eza taya

loz cogí al romper el día  
á la oriya de la playa.

—¿Y á cómo?

—Á diez.

—Eso es mucho,

el limpiarlos vale más.

—Ezcuche uzte.

—Que no escucho.

—Á ocho.

—Á seis, y doy demás.

¿Apaña?

—Pare uzte el rucho.

«Pa uzte tengo yo, zalero,

zi no zale con rezpingos,

y aguardiente y tejeringos

y vino y hasta dinero.»

«Olé los dientes chiquitos,

mrañeños y bonitos,

y loz dátiles de roza

y la cara primoroza

y los piezas menuditos.»

—Una libra, écheme usted.

—Lo que yo á uzte le echaría

no quío penzalo, ¡pa qué!

—Que la pese usted corría.

—Maz corría no pue ze.

«Va á abrí un buquete atró

er pezo, del gorpetazo;

y en er joyo ¡como hay Dió!

vamo á cae loz do

cojics en un abrazo.»

—¿Con pesas también?

—Zalero,

¡qué más peza que la mía!

—Iba á haber sangre, y no quiero.

—¿Quién te diera eza zangría!

—Vaya, tome usted el dinero.

—Venga, que ez pa un relicario;

ézte lo zubo derecho

á bendecir al calvario,

pa yevalo zobre er pecho

como quien yeva un rozario.

—Adiós, que han dao las dié

y hay mucho que trabajá.

—Poz mañana gorveré;

¡engará en oro pa uzte

viá traé una pezcá!

Así, alegre en ocasiones

y otras veces blasfemando,

por calles y callejones

canta el hombre: ¡boquerones,

vivitos y coleando!

SALVADOR RUEDA.

## LA AFICIÓN Y EL COMPÁS

Apurando la copa de aguardiente  
y la pipa encendida requiriendo,  
en la taberna, á un joven lentamente  
un viejo pescador le iba diciendo:  
—¡Oh, qué feroz desilusión la mía!  
Como hoy el peso de la edad me abrume,  
ya no puedo salir, como solía,  
á luchar con el mar y con la bruma;  
que la noche los músculos me enfría,  
me rinden el mareo y el reuma  
y mi mente en la nada se extravía.  
Y el mar ejerce una atracción sublime  
sobre mi pobre espíritu abatido;  
que en mi memoria sin cesar se imprime  
el tiempo que en las olas he vivido.  
El mar fué mi constante compañero;  
con él luchando valerosamente,  
pasé las horas de mi amor primero,  
mi alegre infancia y mi existencia ardiente.  
Sé que el mar es traidor, pero le quiero  
como yo sé querer, inmensamente...  
Hoy, cuando ya la tarde se refresca,  
entro en mi vieja lancha, empuño el remo,  
ni al huracán ni al oleaje temo,  
y aguardo los azares de la pesca.  
Más mi entusiasmo noble é inaudito  
resulta solamente un sueño vano...  
¡Ya me faltan las fuerzas! ¡Necesito  
que me lleven cogido de la mano!...  
¡Y no quiero cejar! Terco en mi intento,  
lucharé sin reposo y sin medida;  
si la furia del mar deja vencida  
al ansia que renueva mi ardimiento,  
¡entre las olas moriré contento,  
porque no siento abandonar la vida!  
¡Abandonar el mar es lo que siento!

Después, rumiando ideas tan traidoras,  
en la playa se puso de atalaya;  
regresaban las barcas pescadoras,  
y él las vió regresar hasta la playa  
y, mientras las miraba tristemente,  
pero con entusiasmo y con hechizo,  
resbalaba una lágrima candente  
por su mejilla de color cobrizo!

RICARDO J. CATARINEU.

## ¡POBRE QUEVEDO!

Llega á León mi excursión,  
y resistirme no puedo  
á visitar la prisión  
de Francisco de Quevedo,  
en San Marcos de León.

Un rincón en un recodo,  
pobre en aire y ruin en todo;  
dos aspilleras por luz,  
y un hueco donde no hay modo  
de abrir los brazos en cruz.

Tumba quisieron labrar  
en los muros seculares,  
y conrecelo al entrar  
parece que los sillares  
quieren el hueco estrechar.

Del alto reloj cercana  
le dieron mazmorra insana,  
porque turbara el misterio  
de su largo cautiverio  
el sonar de la campana.

A sus rudas vibraciones  
temblaban los murallones,  
pero al cantar sus pesares,  
¡más sonaron sus canciones  
contra el valido Olivares!

Detrás del coro encerrado  
en su calabozo ruin,  
á su oído habrá llegado  
aquel rezo mascullado  
más en griego que en latín.

Sumido en la sombra oscura,  
percibiría un rumor  
entre bostezo y lectura.  
¡Los regüeldos de la hartura

y los salmos al Señor!  
¡Pobre Quevedo!... Aún le miro  
suspirar en su retiro,  
y en justicia, á creer empiezo  
que Dios oiría el suspiro  
y despreciaría el rezo.

Condenaste la maldad  
de un reinado vergonzoso,  
y no hubo humana piedad.  
¡Es un delito espantoso  
decirle á un rey la verdad!

A la franca confesión  
castigos le dan severos.  
¡No hay más triste situación  
que un convento por prisión  
y frailes por carceleros!

No vería el ceño adusto  
de un carcelero vetusto,  
sino la sonrisa fría,  
la cobarde hipocresía,  
mezcla de gozo y disgusto.

Allí ni amor, ni consuelo;  
ni la mirada de un hombre,  
sino sonrisas de hielo:  
¡todo en el nombre del cielo  
para insultar ese nombre!

.....  
.....  
¡Se oprime mi corazón  
y ya con vergüenza y miedo  
me alejo de la prisión  
de Francisco de Quevedo,  
en San Marcos de León!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

## PALIQUE

Ya lo oyen ustedes: la Academia Española, en un arranque de idealidad contemplativa, ha determinado desprenderse de mil pesetas para entregárselas al poeta místico de más agallas, el que *cante* mejor que todos sus émulo del concurso (ó pujas á la llana) al seráfico San Juan de la Cruz en el tercer centenario de su muerte, acaecida en Diciembre de 1591.

Ya lo oyen nuestros vates *fin de siècle*, nuestros simbolistas, decadentistas, instrumentistas, místicos, etc., etc. Salgan al campo del honor péetico nuestros Verlaine, nuestros Peladan, nuestros Melarmé, nuestros Villiers-de-l'Isle-Adam. Si allá por Francia es moda entre la juventud literaria, y la que no es juventud, sacar á relucir la vida y milagros de santos ilustres, y un escritor-artista nos habla de San Francisco de Asís, otro de San Ignacio de Loyola, etc., etc., del propio modo nuestros ilustradísimos y profundos y muy sentimentales poetas jóvenes sabrán cantar al sublime carmelita, al gran amigo de Teresa de Jesús, al reformador Juan de Yepes. Salgan, salgan de las oficinas nuestros poetas modernísimos, y emprendan la *subida del monte Carmelo*, y pintennos la *noche oscura del alma*, y declárennos el sentido del *cántico espiritual*, y procuren abrasarnos en la *llama de amor viva*.

Aun suponiendo que nada tengan que decir del venerable San Juan, á quien puede que Velarde confunda con San Juan degollado, de todas suertes, anímense; que cuatro mil reales no son para dejarlos en el arroyo.

¡Bueno sería que la sed mística que se le ha despertado á la Academia quedase sin saciar, por no haber un valiente que se atreva con el género que hoy maneja cualquier *boulevardier*!

¡A ver, ese Grilo, el de las *Ermitas de Córdoba*! atrevase usted con San Juan, que por allí cerca anduvo haciendo penitencia. Pero ¡nada de seguidillas disimuladas, de esas que escriben ustedes de esta manera:

En el alto del puerto canta Marica:

cada quisque se rasca donde le pica!

Y usted, señor Shaw, ¿no se anima? ¿No ha cantado usted al Himalaya? Pues San Juan de la Cruz era mucho más bajo.

¿Y el Sr. Ferrari? Este casi tiene la cosa hecha. Con leves variantes, puede servirle para la subasta académica el pliego de condiciones titulado *Abelardo*. El que describe unos hábitos, describe ciento. Aquellos famosos Alpes del Sr. Ferrari pueden convertirse en Sierra Morena...

Pero, no; el llamado á desaparecer, digo, á dar en el clavo, es

# UNA BROMA



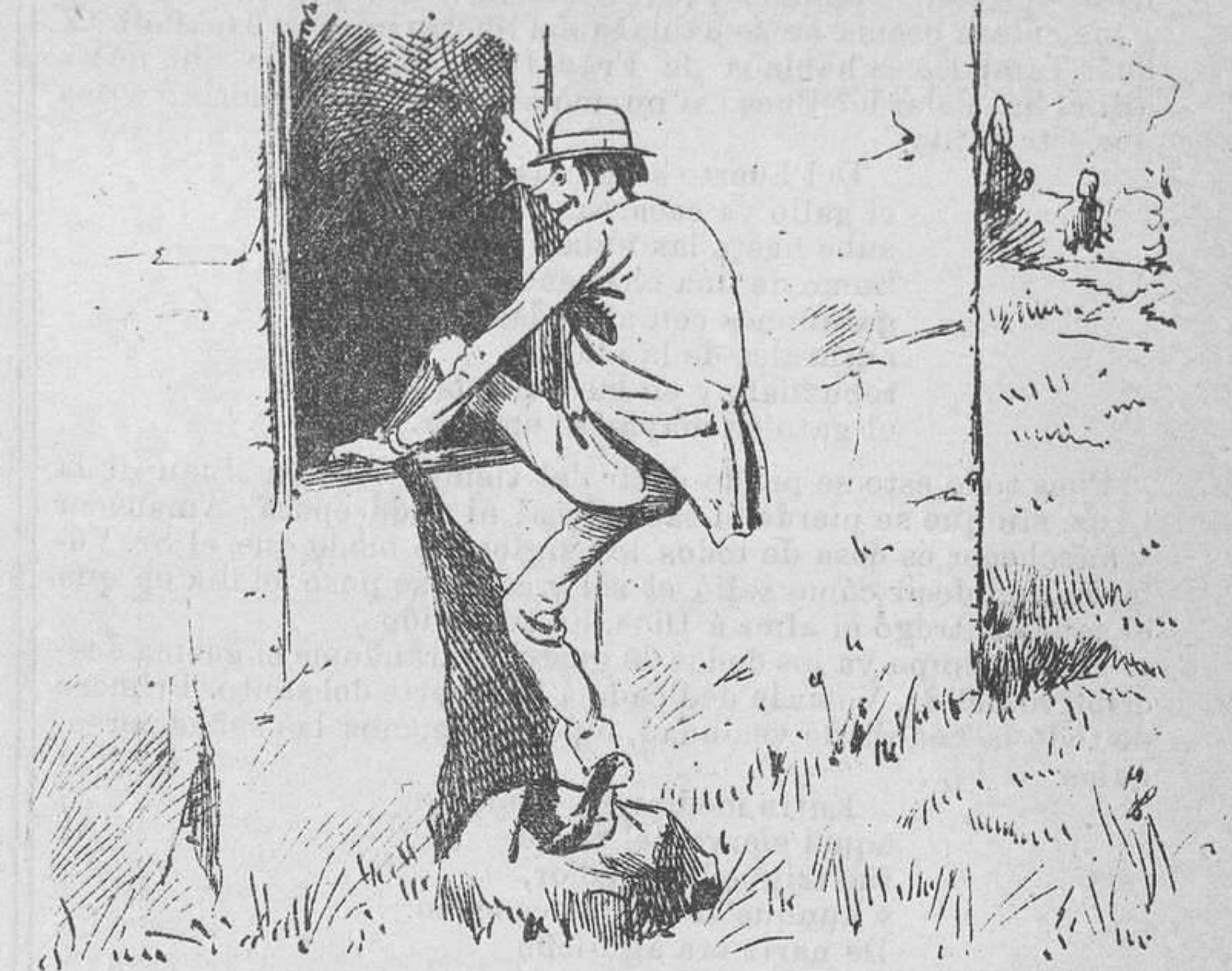
El señor Antolín es, ante todo y sobre todo, aficionado a la caza, y como el día se presenta bueno...



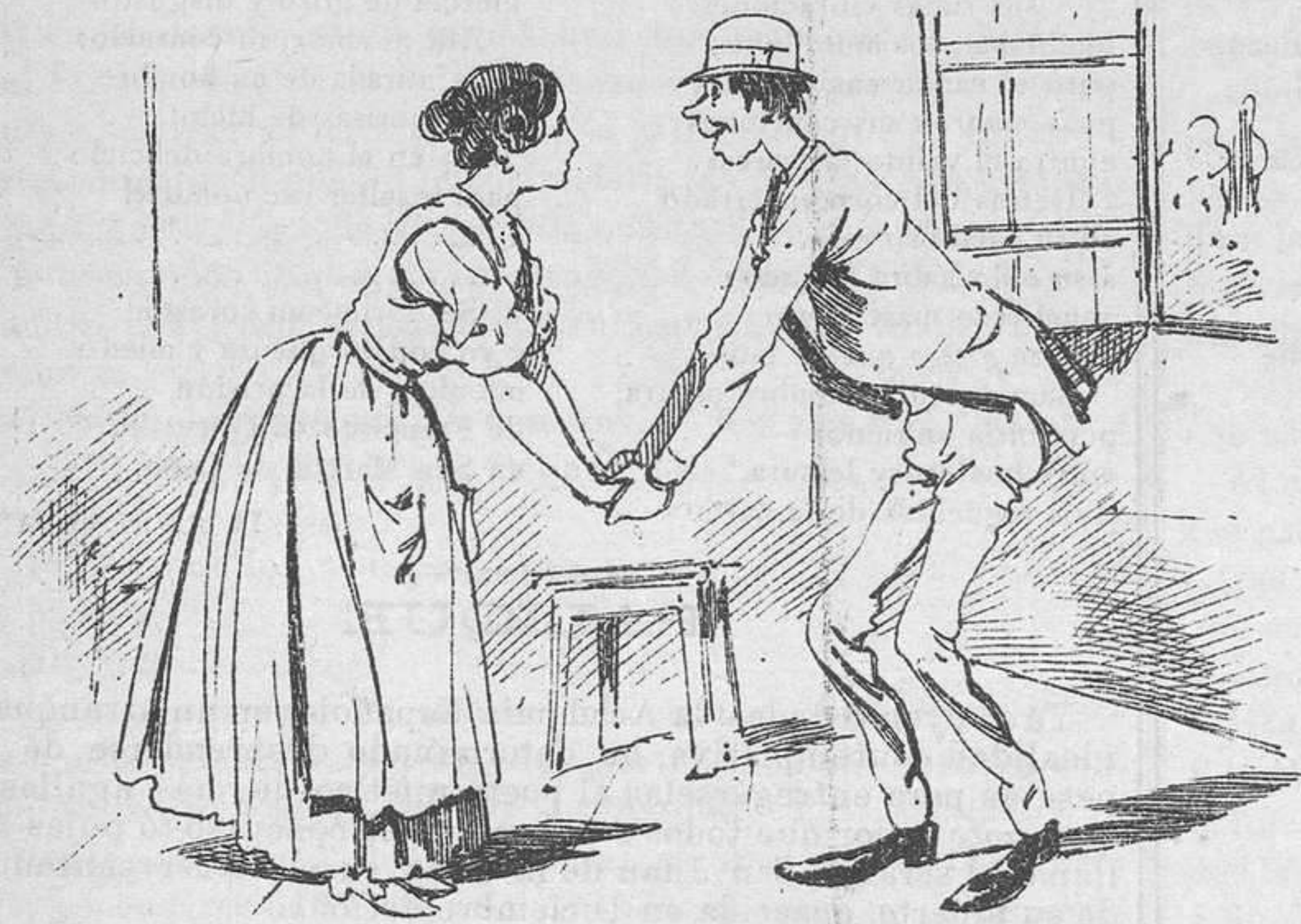
se despide cariñosamente de su dulce cónyuge y se va a matar todo lo que se le ponga por delante.



Circunstancia que estaba esperando con ansia el pícaro del boticario



para probar la fruta del cercado ajeno.



La mujer del señor Antolín es tan amable con todo el mundo,



que no puede menos de serlo también con el boticario,



y como en el querer y el rascar todo es empezar...



Entretanto, el señor Antolín advierte que empiezan a caer cuatro gotas



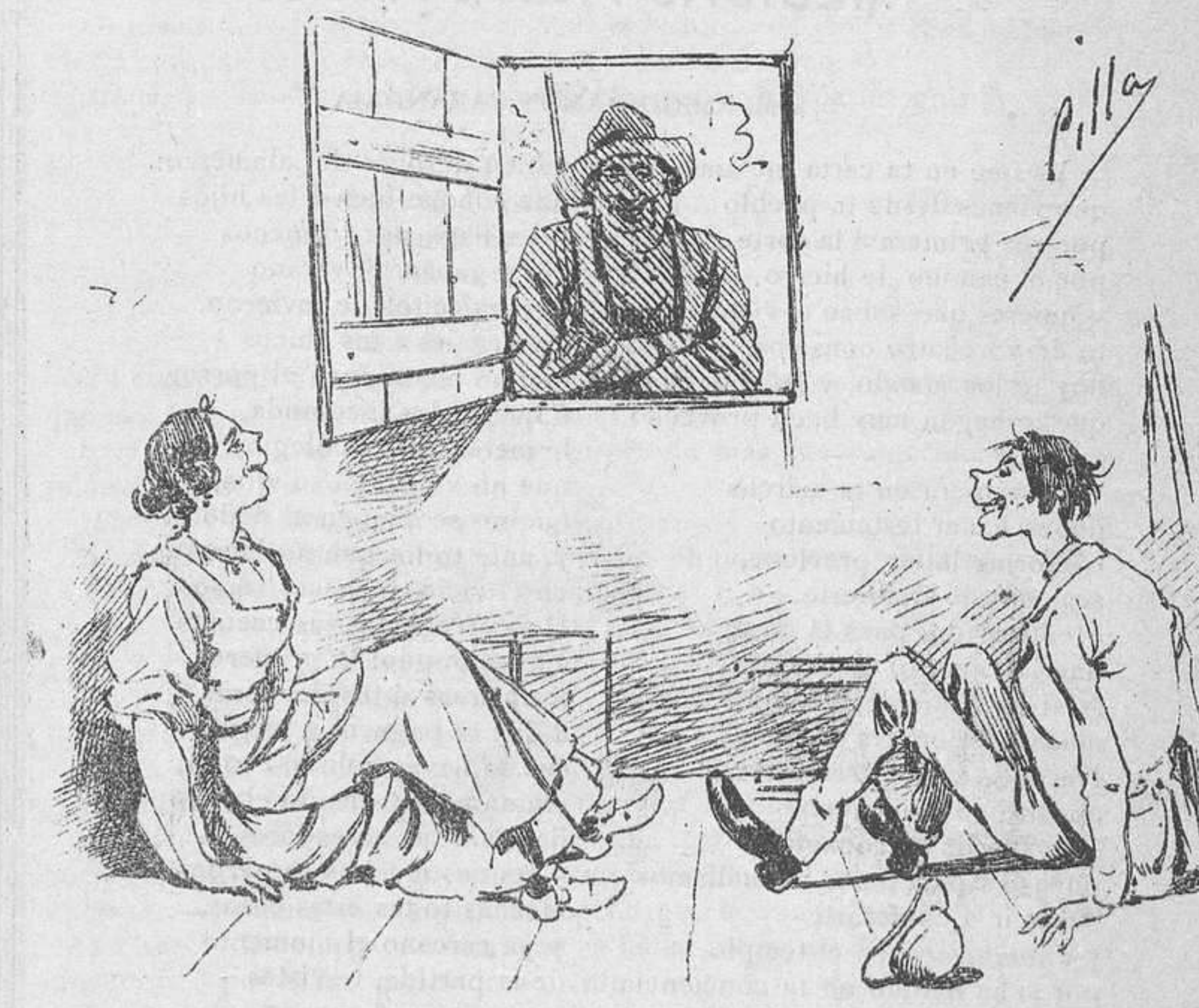
y vuelve a su casa, sin un mal verderón, y cuando escampa precisamente.



Oye voces dentro y se propone dar un susto gordo a su esposa. Pero ¿cómo? De pronto se le ocurre una feliz idea...



¡Muuúí!



¡Y por poco se mueren todos de risa!

Pilla

el Sr. Velarde, que ya tiene un poema titulado *Fray Juan*. Deja usted el Juan, cambia el Fray por San, y mil pesetas seguras. ¿Que en ese poema no se hablaba del ilustre místico español? ¿Y qué? Tampoco se hablaba de Fray Juan. ¿Qué es lo que decía allí el Sr. Velarde? Pues, si no me es infiel la memoria, cosas por este estilo:

Del huerto sobre las bardas  
el gallo ya cacarea;  
sube hasta las nubes pardas  
humo de una chimenea;  
garañones con albardas,  
naturales de la aldea,  
rebuznan, y en las bufardas  
el gato en mayar se emplea.

Pues todo esto se puede decir del tiempo de San Juan de la Cruz, sin que se pierda el sabor local ni el de época. Amanecer y anochecer es cosa de todos los siglos; de modo que el Sr. Velarde, con decir cómo salió el sol y cómo se puso el día en que el santo entregó el alma á Dios, ha cumplido.

Yo me chupo ya los dedos de gusto figurándome el poema descriptivo del Sr. Velarde dedicado á la muerte del santo. Primero de todo la cédula de vecindad, ó por lo menos las señas personales:

Entre mediano y pequeño  
aquel siervo del Señor  
fué trigueño de color,  
y aunque asceta no cenecía.  
De nariz era aguileño  
y tan sencillo en su trato  
que, huyendo todo boato,  
en sus muchas excursiones  
nunca montó garañones,  
por motivos de recato.

Después vendrá el viaje del niño Juan con su desgraciada madre, D.<sup>a</sup> Catalina Alvarez, á Medina del Campo, ¡y aquí te quiero, descripción! El Sr. Velarde aprovechará, como si lo viera, el viaje de la viuda de Yepes para pintarnos las famosas ferias de Medina; y comenzará así:

El emporio castellano  
ofrece mil baratijas;  
peines de cuerno, sortijas,  
pañuelos para la mano;  
y en concurso soberano  
que pasma la fantasía,  
algalia, aljófár, la fría  
hoja que afila Albacete,  
muchos versos de Cañete  
y una que otra chirimía.

En fin, si el Sr. Velarde no se gana esas pesetas académicas, será porque no quiere. Mas por si se decide á conquistar el lauro y los cuartos, le daré un consejo: que cuando le paguen su misticismo en verso, si se le pagan en billetes, mire bien que no sean como Catalina y Commelerán en cuanto literatos.

Falsos.

CLARÍN.

## MEDIDAS PREVENTIVAS

Á MI AMIGO RAMÓN ZARANDAJA

Ya que en tu carta me anuncias  
que vienes desde tu pueblo  
por vez primera á la corte  
por el camino de hierro,  
y quieres que sobre el viaje  
te dé yo cuatro consejos,  
hoy te los mando, y Dios quiera  
que te hagan muy buen provecho.

La víspera de tu marcha  
debes hacer testamento  
conforme la ley previene,  
sea cerrado ó abierto,  
ó entornado, pues la cosa,  
querido amigo, es hacerlo  
(y si en él me dejas algo,  
mucho mejor, ¡ya lo creo!).  
Después, como eres católico-  
apostólico-mancheño  
(y no te llamo romano  
porque Roma no es Socuéllamos),  
debes ir á confesarte  
y á *comuigarte* en el templo,  
por si ha habido en tu conciencia  
cualquier descarrilamiento.  
Después déjale á tu esposa  
un montón de encargos hechos:  
que no vuelva á malcasarse,  
que te rece un padre nuestro  
todos los días, bien antes

ó bien después del almuerzo;  
que eduque bien á tus hijos  
y les haga por lo menos  
de tu gabán de verano  
dos trajecitos de invierno.  
Encárgales á tus chicos  
que no abandonen al perro,  
ó que, si les incomoda,  
le metan en un colegio;  
que no viajen en su vida,  
que no se chupen el dedo  
y, ante todo, que no incurran  
en el vicio de hacer versos.  
Deja arregladas tus cuentas  
de este modo: lo primero  
les fuerzas á tus deudores  
á que te paguen, y luego  
que lo hayas cobrado todo,  
sin andar perdiendo el tiempo,  
llamas á tus acreedores  
y les das muchos recuerdos.  
Hechas todas estas cosas,  
y ya cercano el momento  
de la partida, te vistes  
y te rodeas el cuerpo  
con dos colchones de lana  
y una armadura de acero,  
y á manera de mochila  
un botiquín con unguentos,  
una escofina-Losada,

vendas, hilas, pan y queso.  
Además, en un bolsillo  
de tu gabán de entretiempe  
mete una carta expresiva  
dirigida al fogonero  
diciéndole: «A mí me llaman  
Ramón, y soy de Socuéllamos,  
y he fallecido debajo  
de un sacerdote extremeño  
(ó lo que sea). No culpen  
de mi muerte á nadie, puesto  
que sólo soy el culpable  
yo, por meterme á viajero.  
Y ruego á los periodistas  
que al dar cuenta del suceso  
no me pongan en sus partes  
para no alarmar al pueblo.»  
Ya en la estación de partida,  
le llamas al guardafreno  
y al maquinista y al jefe,  
sin andarte con rodeos,  
y les das tres pesetillas  
y un cigarro de diez céntimos

para que no descarrilen  
ni choquen en el trayecto.  
Arrímate á la pareja  
de guardias civiles luego,  
y monta donde ellos monten,  
rezando al subir un credo.  
Te echas á dormir tranquilo  
debajo de los asientos,  
y en la estación que anteceda  
al sitio en que el Ser Supremo  
tenga preparado el choque  
(pues no hay viaje sin siniestro)  
te apeas bonitamente  
y vas á pie hasta el encuentro  
de la estación inmediata;  
allí te montas de nuevo  
en el tren, y si Dios quiere,  
llegas aquí sano y bueno.  
Dirás que es una bobada  
todo lo que estoy diciendo;  
mas de fijo no te estrellas  
como sigas mis consejos.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## UNA MÁS

En una habitación desmantelada,  
tendida en un camastro, sola, enferma,  
cansada de llorar tu desventura,  
te ha rendido la fiebre, Magdalena.  
Aquellos labios que pedían besos  
están ajados como flores secas;  
los ojos, en que el vicio llameaba,  
sin brillo esparcen la mirada incierta.  
Vendiste tu hermosura, y la gastaron  
los infinitos dueños de tal prenda:  
¿á que, viéndote así, ninguno quiere  
calmar tus duelos ni escuchar tus quejas?  
Amor alegre te cubrió de alhajas,  
te dió champagne y te vistió de seda,  
y tú fuiste el encanto en las orgías  
rebajando el placer á la indecencia.  
Como estrella brillaste, con tu orgullo  
deseando eclipsar á las estrellas,  
y hoy te mueres de frío en tu guardilla,  
triste y abandonada, pobre y fea.  
Y es que el caudal ganado en tal comercio  
el diablo que lo trajo se lo lleva,  
sugiriendo la idea del derroche  
á todas las mujeres de tu cuerda.  
Los que te dieron antes su fortuna,  
la encontraron tal vez tras de la puerta,  
porque, á haberla ganado con sus puños,  
no la tiraran ellos ni la dieran.  
¡Y has acudido á todos! ¡Inocente!  
La joya que no luce, se desprecia.  
¡Los que dan en diamantes dos millones,  
nunca dan en garbanzos dos pesetas!

Resumen: Ahí te envío... lo que puedo.  
Perdóname lo escaso de la ofrenda;  
lo gané trabajando, y cada duro  
vale más de un millón, por lo que cuesta.  
Pero no me agradezcas el esfuerzo,  
porque á cambio me das, sin que lo sepas,  
el placer de hacer bien á un desdichado,  
que es el placer más grande de la tierra;  
mayor que el que compraron tus amantes  
sembrando tu camino de oro y perlas...  
porque el otro era tuyo y éste es mío;  
tú te llevaste aquél, ¡pero éste queda!

SINESIO DELGADO.

## LOS BANDIDOS (1)

Unos cuantos bandidos, disfrazados  
de *personas decentes*, presenciaban  
en una población de Andalucía  
la representación de un melodrama.  
Era la obra tremebunda, horrible;  
la virtud, al principio se manchaba  
en una infinidad de lodazales  
y en otra infinidad de inmundas charcas;  
el honor era un mito, ó poco menos,  
y una cruel mentira la esperanza.  
En el anfiteatro, los bandidos,  
fija en el escenario la mirada

(1) La idea está inspirada en una frase de Balzac.—(N. del A.)

y la atención pendiente de los labios del galán, del traidor y de la dama; con entusiasmo é interés crecientes, entre una concurrencia abigarrada que sentía muy hondo las angustias de la protagonista y las desgracias, al mirar la ostensible diferencia que en la acción de la obra resultaba entre buenos y malos, grandes, chicos, y entre virtud y vicio, honor é infamia, los bandidos notaron que invadía todo su cuerpo sensación extraña, como si el duro corazón sintiese del pundonor perdido la nostalgia.

Y al final de la obra, cuando triunfan la virtud, el honor y la esperanza, y el traidor es cogido como el lobo que va á comer el cebo de la trampa, celebraron el triunfo los bandidos con ruidosas, frenéticas palmadas.

.....  
Aquella misma noche, á pocas leguas de la misma ciudad, en la montaña, una tropa feroz de bandoleros, oculta entre las peñas y las matas, disparó con acierto los trabucos sobre un coche que rápido pasaba, y después de robar á dos mujeres, fueron cobardemente asesinadas.

Se repartió el botín entre los *bravos...* que eran aquellos mismos que aclamaban, algunas horas antes, el castigo del farsante traidor del melodrama.

ANTONIO MONTALBÁN.



Aquí, en cuanto se huele que reparten dinero, llueven pobres de solemnidad.

Con motivo de las inundaciones de Almería y Consuegra se recaudaron y siguen recaudándose donativos de todas clases y especies. La prensa publica extensas noticias de la distribución de esos donativos y... en fin, parece que á estas horas los perjudicados por la catástrofe tienen ropa nueva y van á vivir en adelante como príncipes.

Bueno, pues en seguida han surgido comisiones de Aragón, de Castilla, de Valencia, de todas partes, para decir que también esas regiones están en la más espantosa miseria y que se llaman á la parte. Es decir, que el Estado entero se pide recursos á sí mismo.

Y ¿quién los va á dar?

La Srta. D.<sup>a</sup> María Guerrero ha dicho al corresponsal de un periódico en París que ella no ha ido allí á representar comedias francesas, ni ese es el camino.

Nos alegramos mucho. Pero pudo decirlo antes; cuando dejó correr por toda la prensa la estupenda noticia de que iba á *debutar* en la Comedia Francesa de un momento á otro, y que la esperaba un porvenir brillante, etc., etc.

Porque decirlo ahora viene á ser como amainar velas.

En una semana han sido apedreados dos trenes, uno en la línea de Alicante y otro en la de Burgos.

Están más civilizadas las kabilas de Marruecos.

Que empiezan por no tener ferrocarril.

Recordarán ustedes que en Pamplona, con motivo de una velada que se celebró allí en honor del Sr. Marqués de Cerralbo, hubo una de silbidos y pedradas que tembló el misterio. En fin, ¡con decir que tuvieron que salir las tropas á la calle!

Pues bien, *El Correo Español* ha publicado un par de artículos bajo el siguiente epígrafe:

«El viaje triunfal del Marqués de Cerralbo.»

Conque no quieran ustedes pensar lo que habría dicho *El Correo Español* si llegan á recibir al Sr. Marqués con arcos de ramaje y fuegos de artificio.

*The Times*, tratando la posibilidad de una guerra europea, habla de la neutralidad de España, y después de dar á Francia sanos consejos, añade: «España no es ya una cantidad despreciable y hay en los españoles mucho de condición humana.»

¡Hombre! ¡Qué descubrimiento! Resulta que hasta hace pocos días hemos sido arbolitos silvestres.

Oí ruido en tu alcoba  
que duró un rato,  
y según tú me has dicho  
sería el gato...  
¡Recañámones!  
¡qué ruido hacen los gatos  
con los tacones!

Dice un periódico ministerial, para que lo sepamos todos: «La crisis vendrá cuando venga.»

¡Tómala en brazos! porque la crisis no tiene gracia. Si tuviera gracia, vendría antes ó después de venir. Que es lo que llamaría la atención verdaderamente.

Conozco á Carmen Soler,  
ama de cría asturiana,  
con leche de tal valer,  
que ya tiene una semana  
y no se ha echado á perder.

Libros:

*Paseos por Madrid*, un folleto en que los Srs. Rivas y Olave, dueños de la camisería de la calle del Principe, núm. 11, aprovechan la circunstancia de anunciar sus géneros para intercalar artículos descriptivos y cuentecitos ligeros.

*Folleto famélicos*, por D. Francisco de Cáceres, tomo I, que contiene poesías y artículos. Precio, 25 céntimos de peseta.

*Bocetos literarios*, colección de artículos de costumbres, correctamente escritos por el joven periodista D. Antonio R. López del Arco. Precede al libro un lindísimo prólogo de D. Antonio Sánchez Pérez.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. A. M.—¿Está admitida? Pues claro que se publicará. ¿Cuándo? Eso es lo que no sé yo todavía. Pero no tardará mucho.

Sr. D. J. G. T.—Una advertencia: los rizos no pueden ser blondos y negros á la vez. Porque es como decir que una cosa es ancha y estrecha al mismo tiempo.

*Maryte*.—Otra advertencia. El verbo oír no se escribe con *hache*. ¡Y ésta es mas gorda! Porque no podemos seguir leyendo.

*P. P. Y. lo.*—¡Ah, pícaruelo! ¡Todavía andamos con bromas á pesar del choque de Burgos!

*Un lector*.—Si tuviera algo de particular, pero ¡ay! parece un cantable de zarzuela cursi.

Sr. D. A. P.—Málaga.—«Te acuerdas, Manuela el día que estuvimos...»

¡Basta! Ahí sobra una sílaba.

Sr. D. P. A. E.—Pero hombre, y ¿cómo diablos aguarda usted á incomodarse ahora por lo de las Carolinas? Y lo peor es que paga la ortografía el mal humor. ¡La ortografía, que no quiere conquistar nada!

*Incensario*.—¿Son los primeros versos de su cosecha? ¡Mala cosecha ha tenido usted hasta ahora!

*Graciano*.—Dios le perdone á usted la bobada de enviar unas coplas de ciego con una carta *humorística* por el sistema antiguo.

Sr. D. L. V.—Vaya, voy á complacerle publicándola íntegra:

«CERENATA

Sal á la ventana cielo,  
sal tú á la ventana sol  
despierta Concha querida  
y escucha la melodía  
que tañen las cuerdas mías  
impregnadas en tu amor.»

Ya está usted complacido. Pero ¡qué difícil debe ser cantar eso! ¡Y de qué mal humor se va á poner Concha si lo oye!

Sr. D. J. H.—Las vecinas no han inspirado más que vulgaridades generalmente, pero como esa pocas.

¿Sirve?—Sí señor, puede mandar la firma.

Sr. D. M. P.—Efectivamente ha entrado en turno y se publicará pronto.

*Los Gamusinos*.—«El año mil ochocientos noventa y uno por más señas convidé á mi novia y á su hermana á una merienda...»

Y ¿qué merendaron ustedes? ¿Sílabas? ¡Ya se conoce!

Sr. D. R. B. B.—Cantares que no dicen nada absolutamente.

Sr. D. P. C. A.—Madrid.—¡Jesus María! ¡Qué inocente es eso!

*Pik-nik*.—Para guasa sin gracia, con una cartita había bastante. Se conoce que tiene usted mucho tiempo de sobra.

*Orates*.—Poquita cosa y no con mucha gracia que digamos.

*Adefesio*.—En efecto, los cantares se hallan á poca altura, como usted mismo dice por la fuerza del consonante.

Sr. D. J. M. B.—Madrid.—Sí, pero no es tan fácil como parece hinchar un perro. Quiero decir que ha de llover muchísimo antes que usted haga versos aceptables.

# ANUNCIOS



Sabed, futuros maridos,  
que en equipos ¡cosa buena!  
tiene variados surtidos  
la *Exposición de Viena*.  
Mayor, 12.

## CERTAMEN NACIONAL



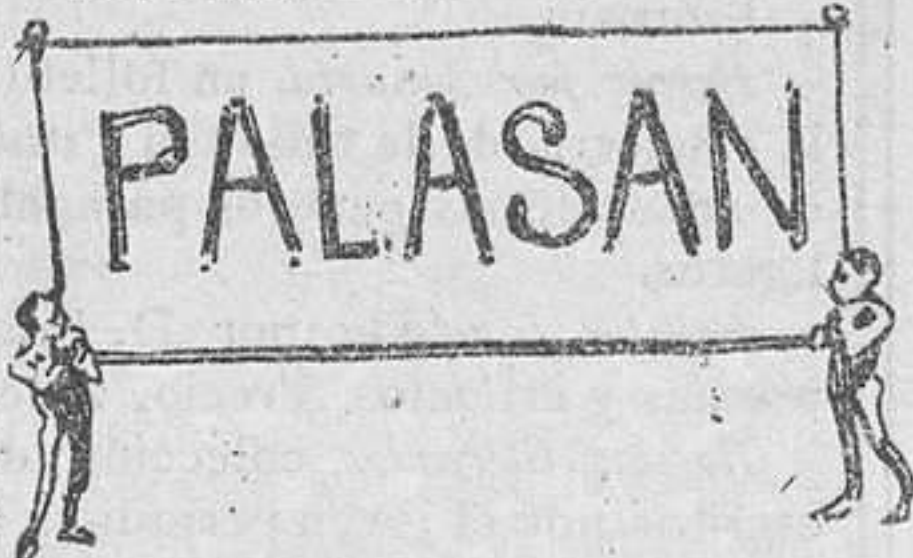
Diga usted que sí,  
¡diga usted que sí!  
El que quiera los buenos perfu-  
[mes  
que se venga aquí (1).

(1) Perfumería Americana, Espoz y Mi-  
na, 56.



...Afortunadamente, cuando  
el indio iba á herirme, cayó des-  
lumbrado por el brillante de una  
sortija que yo había comprado  
en la joyería de SORIA.  
Magdalena, 18.

## SOLUCIÓN al jeroglífico del número anterior.



Que irás á comprar de fijo,  
á la casa de GRAS, hijo.  
Alcalá, 40, y Príncipe, 22.

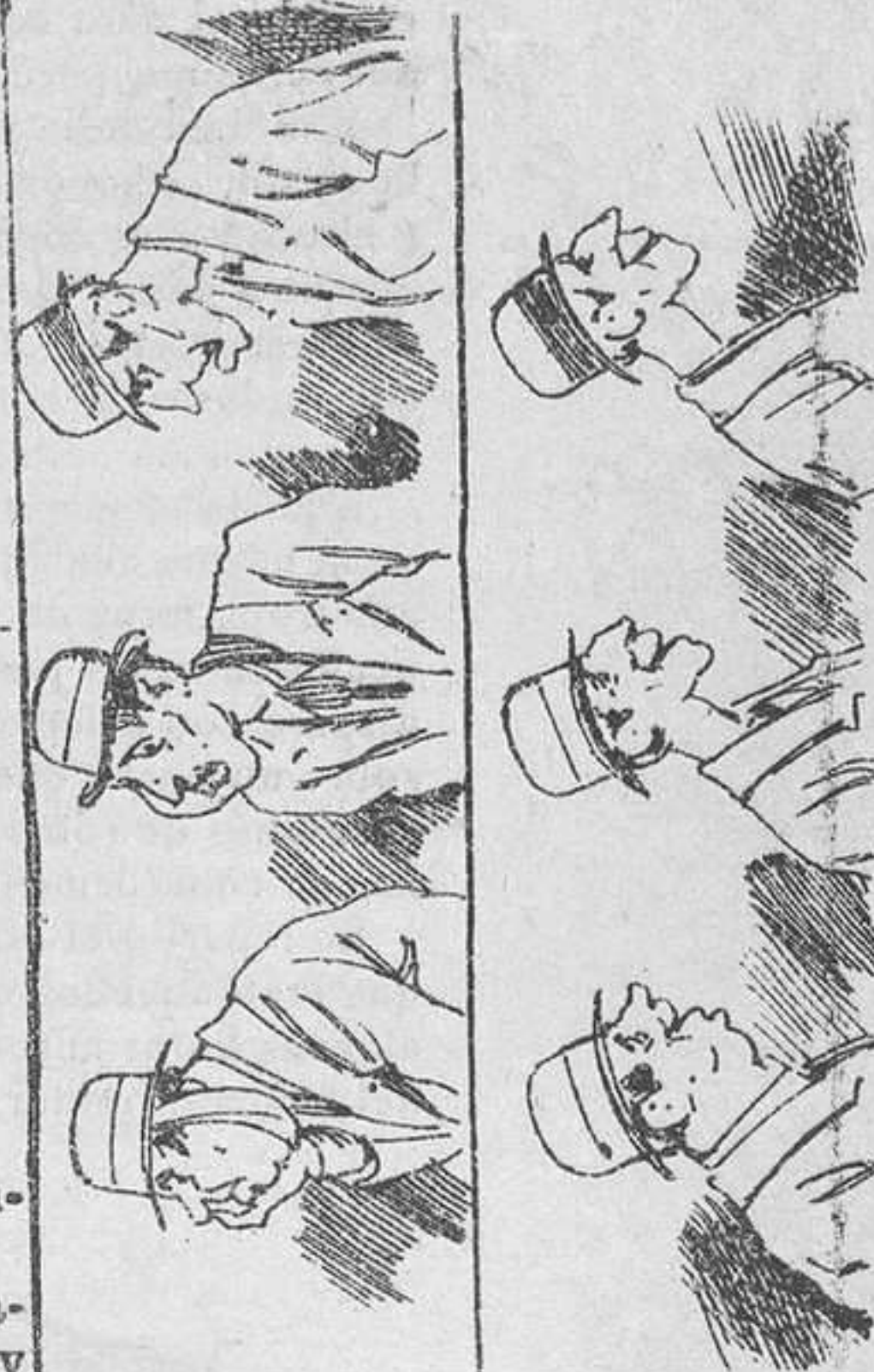


Pega firme, pobre moro,  
sigue dale que le das.  
¡No le has de romper jamás,  
porque es de La Beta de Oro!  
Magdalena, 17.



—¿Qué hay de novedades, con-  
desa?  
—Pues hay... grandes noveda-  
des en telas de todas clases y  
precios. Yo no sé de otras.  
Tirso Rodríguez, Atocha, 75 y 77.

## TIRSO PÉREZ Dentista, Mayor, 72



LOS QUE SUBIR      LOS QUE BAJAR



Como me viste ¡ESQUERA,  
no me causa admiración  
que mi dulce esposa quiera  
ponerse mi pantalón.  
Magdalena, 20.



Al salir de afeitarme  
de casa de TOMAS,  
me dicen las mujeres:  
—Hermoso, ¿dónde vas?  
Alcalá, 40.



—Pero ¿ustedes tendrán que  
dormir en el suelo?  
—¿Por qué?  
—Porque no hay cama que los  
resista.  
—Pues sí señor, la hay. ¡La  
hemos comprado en el Bazar de  
la plaza de la Cebada, núm. 1!



Maresita de mi arma,  
cuándo te has ido á mori!  
Ahora que se han inventao  
las cajitas del PI NI!



—Esto me da más placer  
que si tú me das un beso.  
—Y ¿qué es eso?—¿Qué ha de ser!  
¡Cognac fino de Moguer!  
—Pues venga una copa de eso!  
J. M. Plaza.—Carretas, 8.



Pepito es un tarambana  
que no sabe lo que dice...  
¡Vale más que él su camisa,  
que es de casa de Martínez!  
SAN SEBASTIÁN, 2



Como á mí me gusta, y tal,  
comer bien todos los días,  
me abono á las TULLERIAS  
en vez de abonarme al Real.  
Matute, 6.

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

### PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;  
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el  
extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil  
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

### PRECIOS DE VENTA

Un número corriente. 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera izquierda

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

## LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID